

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

El Copo De Nieve Ambicioso

Hay una tierra muy hermosa, oculta a los ojos de los mortales, donde cada año nacen miles y miles de copos de nieve. Si los hombres y las mujeres tuvieran una vista más clara, verían que cada pequeño átomo blanco contiene un encantador duendecito. Estos delicados seres viajan en grandes familias y, al igual que ocurre con los seres humanos, muchos tipos de personajes componen el grupo familiar.

—Voy a hacer cosas muy grandes —dijo Neigette, en su copo de nieve inusualmente grande y hermoso—, y todos tienen que venir a ayudarme a hacerlas —y agitó imperiosamente su varita de cristal.

—¿Qué vas a hacer? ¡Dinos, Neigette! —gritó la numerosa familia de hermanos y hermanas

—Bueno —dijo Neigette mientras navegaban—, hay un país gobernado por la reina más grande que jamás haya existido, y el pequeño Armiño me contó todo sobre ella. A su familia no le gusta porque no viste más que trajes de sus amigos; eso dice él, pero yo no me lo creo del todo y voy a comprobarlo por mí misma. Pienso caer en



sus manos (dicen que tiene las llaves del mundo) y voy a acabar a la vista de todos los millones de personas sobre las que gobierna.

Pero el admirado círculo familiar sólo emitió un sonido de admiración y asombro familiar. No hicieron más que hablar de ello entre ellos mientras seguían ciegamente a Neigette a través del aire cortante y frío. Se verá que las ideas de Neigette no eran del todo correctas.

Neigette también estaba tan ocupada con sus grandes pensamientos sobre el revuelo que iba a causar en el gran mundo desconocido, que no vio por dónde iba y cayó en una trampa de lo más curiosa, y toda su familia la siguió. Por supuesto, fue algo muy extraño: no es frecuente que se tiendan trampas a los copos de nieve. Pero había una causa, una causa muy urgente para tenderla.

El rey Magnífico y su reina Espléndida tuvieron un hijo, que era terriblemente malcriado. El príncipe Soberbio tenía un carácter tan ardiente que se temía por su vida si no se lo mantenía fresco. Así que, después de muchas y largas deliberaciones, los médicos de la corte decidieron muy sabiamente ordenar que se recogieran copos de nieve y se guardaran por todo el palacio para que enfriaran el aire, y así corregir el calor del temperamento del Príncipe.

Por esta razón, los magos de la corte capturaban a los incautos copos de nieve, los congelaban y los metían en cajas de cristal. Esto era muy duro para los cortesanos, que se pillaban unos resfriados tremendos, y los médicos de la corte se mantenían ocupados todo el año

intentando curarlos. Sin embargo, se volvió tan pasado de moda no estornudar que todo el mundo se resignó pronto a su destino, y como a las damas las pieles les sentaban sorprendentemente bien, muy pronto se reconciliaron con lo inevitable.

El Príncipe Soberbio había estado peor que nunca el día de la captura de Neigette. Así que ella y toda su familia fueron rápidamente encerrados en su guarida especial, y el Príncipe se quedó en soledad. Finalmente, empezó a dar patadas a las cajas de cristal, y eso alteró mucho la dignidad de Neigette, así que gritó lo más fuerte que pudo:



—¡Príncipe Soberbio! ¿Qué haces?
El Príncipe se quedó tan inmóvil como si de pronto se hubiera convertido en piedra. Luego miró a su alrededor, pero al principio no encontró a nadie. Al fin se le ocurrió la idea de mirar en las cajas de cristal, y al ver a los duendecitos sentados desconsoladamente en sus prisiones, se echó a reír.

Neigette se enfadó muchísimo.

—Puedes reírte —gritó indignada—, pero si fueras un buen chico no te comportarías de una manera tan ridícula, interfiriendo de esta manera en la vida de los demás. Por favor, ¿por qué debemos estar encerrados en una caja, sólo porque a ti te gusta ser tan tonto?

El Príncipe Soberbio se quedó boquiabierto. Era una nueva manera de ver su conducta. Sabía muy bien que su madre y su padre estaban secretamente encantados con su “maravilloso buen humor”, como se complacían en llamarlo. Se sintió muy ofendido.

—¡Te retendré allí para siempre! —dijo furioso—. Deberías alegrarte de poder ser útil a un príncipe —y, furioso, salió de la habitación.

Neigette lloró, pero era lo bastante sensata para saber que debía hacerse amiga del Príncipe si quería llevar a cabo su gran proyecto de vida. La siguiente vez que Soberbio se le acercó, le dijo que se sentía muy aburrida y pidió mansamente al Príncipe que fuera a hablar con ella. El primer día se negó, pero al poco tiempo empezó a interesarse por su guapa prisionera y se pasó un buen rato hablando con ella.

Los médicos de la corte se felicitaron por el gran éxito de su tratamiento, y anduvieron con las narices tan al aire que, uno tras otro, todos sufrieron graves caídas por no poder ver por dónde caminaban. Esto puso de muy buen humor al Príncipe cuando la edificante comitiva fue a verlo por la mañana, pues todos y cada uno de los médicos estaban vendados y enyesados.

Neigette no tardó en descubrir que el fogoso Príncipe también era ambicioso, y con tanto arte habló y habló que, finalmente, Soberbio llegó a la conclusión de que no le quedaba más remedio que ver a aquella maravillosa reina que vestía colas de armiño y ante la que millones de personas se inclinaban todo el día y toda la noche.

—Dime, Neigette —dijo—, dime cómo puedo ir contigo.

—No creo que puedas —dijo la astuta duendecita, sabiendo que ésa era la manera de hacer que Soberbio se decidiera aún más.

Por fin dijo:

—Si abres de par en par las ventanas para que entre el aire frío y nos dejas salir de las cajas, te convertiremos a ti también en un copo de nieve; entonces podrás venir con nosotros.

Soberbio creyó a rajatabla lo que se le decía; abrió las ventanas y rompió en pedazos las cajas de cristal.

Entonces, por supuesto, todos los copos de nieve salieron volando en el aire helado, y

Neigette gritó:

—¡Adiós, Príncipe Soberbio!

Le diré a la gran reina que ya vienes.

Soberbio se enfureció y sacudió el puño contra los copos de nieve que se retiraban. Finalmente, arrojó cojines al Rey, a la Reina y a todos los médicos, y se comportó tan mal que, en defensa propia, hubo que llamar a los magos de la corte para que lo congelaran y lo hicieran callar. La Reina lloró amargamente, y el Rey resopló en secreto. Pero, por el momento, nadie podía encontrar una salida mejor a la dificultad.



Ahora Neigette era libre y el pobre principito, prisionero. La familia de hadas continuó su largo viaje, y algunos de los copos empezaron a sentirse agotados y a expresar el deseo de posarse suavemente sobre algún objeto.

—Me gustaría quedarme aquí —murmuró un copo, mirando con nostalgia unos altos pinos que se doblaban bajo el peso de la nieve.

—Y yo aquí —suspiró otro copo cuando pasaron junto a una casita acogedora con ventanas relucientes y un tejado ya blanco por si carga invernal.

Pero Neigette los mantuvo a todos juntos.

—Estamos llegando al final de nuestro viaje, estoy segura —dijo tranquilizadamente.

De hecho, se acercaban a una gran ciudad. En lugar de abetos solitarios y casitas enclavadas, había hileras y más hileras de relucientes luces y casas; la nieve no se mantuvo blanca mucho tiempo, y los pequeños duendecitos se estremecieron ante su feo color. Pero muchas personas corrían alegremente de un lado a otro, sin preocuparse de los copos que caían a gran velocidad; la mayoría tenían las manos tan llenas de paquetes de formas extrañas que no tenían una mano libre para sostener un paraguas o incluso para saludar amistosamente, pero se saludaban con la cabeza, sonreían y decían alegremente:

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz navidad!

Había muchos niños felices que parecían entusiasmados por algo. Entonces empezaron a sonar algunas campanas, y la gente parecía cada vez más feliz. Incluso Neigette sintió unas ganas locas de tirarse al suelo

entre la alegre multitud. Sin embargo, se armó de valor y decidió buscar a la gran reina que había venido a buscar.

La nieve había dejado de caer y el cielo brillaba con las estrellas, y Neigette oyó a la gente murmurar:

—¡Qué buen tiempo! Justo el tiempo adecuado para Navidad.

Se reponían los fuegos, las bellas doncellas se abrigan con acogedoras pieles, las abuelas contaban historias de inviernos fríos que recordaban, y los abuelos las ayudaban e instigaban. Pero al final todo se aquietó y el frío se hizo cada vez más intenso.

Cuando todos estos sonidos de alegría y festividad se apagaron en el silencio, Neigette oyó un sollozo y vio a un niño tumbado en el suelo abrazando un racimo de bayas carmesí.

—Quería dárselas a la señora amable —sollozaba—; le gustaron mucho el año pasado, y yo tengo tanto frío que no puedo andar —y dejó caer la cabeza sobre los brazos hasta que se durmió sollozando.

—¡Morirá de frío! —exclamó Neigette, pensando en un pobre pajarito que había visto un día con los ojos brillantes vidriosos y las pobres patas estiradas y tiesas. Y en seguida, olvidándose de la reina y de la gloria, descendió suavemente y se posó con ligereza sobre la pequeña figura solitaria para tratar de mantenerlo caliente; abajo revolotearon todos los copos, y luego más y más, hasta que la figura del niño quedó cubierta por la suave y blanca nieve.

—¿Dónde está la reina? —preguntó un copo de nieve.

—Me había olvidado de ella —murmuró Neigette mientras se derretía en silencio.

—Pero, ¿qué es esto? —preguntó una voz tranquila, mientras el que había hablado se inclinaba sobre la pequeña figura en la nieve. No pasó mucho tiempo antes de que la carga dormida fuera llevada hacia la luz y el calor, y el pobre chiquito recobrara la vida. Pronto se contó su historia infantil.



La señora, en cuya puerta había caído, lo había visitado el año pasado cuando estaba enfermo, y había llevado bayas de acebo carmesí en su manguito de piel. El ojo rápido del niño notó cómo ella las

acariciaba, pero él no sabía que era por el bien de quien las daba. Este año había intentado mostrarle su gratitud llevándole algunas, y casi había sido víctima del frío.

—Valiente hombrecito —exclamó el que encontró al pequeño vagabundo cuando se enteró de lo lejos que había llegado—. ¡Compartirá nuestra felicidad! —exclamó, dirigiéndose a la señora, que sonrió tímidamente asintiendo; y aquella fue la primera de las felices Navidades de Ned. Al principio fue una página prosaica, todo botones e importancia; pero, aunque en años posteriores ascendió a puestos de confianza, siempre guardaba un arrugado manojito de bayas de acebo en

recuerdo de la noche de Navidad en que comenzó su buena fortuna.

Cuando Neigette se había fundido, a pesar de sus buenos planes, ella, por supuesto, había esperado el destino de todo copo de nieve, fundirse en la nada. Imagínense su sorpresa cuando se despertó de nuevo, sintiéndose más grande y con un aspecto más encantador que nunca, y a su lado había otra hada blanca que le tendía la mano en señal de saludo.

—Bienvenida, Neigette —dijo el hada—. Ahora eres una de nosotras.

—Pero los demás... ¿también ayudaron?

—Sólo fueron porque tú lo hiciste; no renunciaron a nada, pues nada les importa la gran reina.

Neigette sonrió; ahora tampoco le importaba; ¡qué raro le parecía que alguna vez hubiera sido así!

—Ven —dijo su hada guía—, tienes una tarea más que cumplir —y la asombrada Neigette se encontró en el palacio del rey Magnífico.

—No puede ser una 'Feliz Navidad' con un hijo congelado —sollozaba la Reina, cuando se abrió la puerta, y una encantadora doncellita blanca se quedó sonriente en el umbral.

—Creo, señora —dijo—, que podría ayudar a mantener al Príncipe Soberbio de muy buen humor.

En seguida, la Reina la llevó a rastras a los magos de la corte, y éstos, a su vez, se apresuraron a llevarlos a los médicos de la corte; y, en menos tiempo del que se necesita para contarlos, el Príncipe Soberbio volvió a ser libre. Al ver lo bonita que era Neigette, se olvidó por

completo de que era la traviesa hada de las nieves que tanto lo había engañado, y prometió portarse siempre bien si la doncella se quedaba a jugar con él.

Aquella fue una feliz Navidad en la corte; de hecho, nunca hubo una más alegre hasta años y años después, cuando el muchacho y la muchacha se habían convertido en un apuesto joven y una dulcísima doncella, y entonces aquella Navidad hubo una boda que hizo sombra a todas las bodas que se han celebrado antes o después.

Ante una hoguera resplandeciente, un niño estaba sentado disfrutando del alegre resplandor, y una persona de aspecto maternal sostenía un cuenco humeante de algo bueno.

—Las hadas de la nieve me salvaron —decía el pequeño—. Lo dijo el señor.

—¡Las hadas de las nieves! —resopló el grupo de aspecto confortable—. Bebe esto, a ver si no es mucho mejor que las hadas de las nieves. ¡Qué tontería!

Pero el caballero del fondo se rio y saludó al muchacho con la cabeza.

—No me extrañaría que las hadas de las nieves lo supieran todo —dijo.

En ese momento, las campanas comenzaron a sonar alegremente, con rapidez, como si no pudieran transmitir su mensaje con la suficiente rapidez.

—¡Paz y buena voluntad! ¡Paz y buena voluntad! —repicaban.

Y la amable señora se inclinó para besar el pequeño rostro melancólico, y exclamó:

—¡Feliz Navidad, Ned!
Se olvidó por completo de que era la traviesa hada de
las nieves.

